



Diálogos de paz: medios, memoria y opinión pública

LUIS MIGUEL LÓPEZ LONDOÑO¹

El inicio de las conversaciones para darle fin al conflicto armado entre el Gobierno y las FARC, ha sido el acontecimiento político más importante del 2012. La instalación de los diálogos en Oslo, Noruega, el pasado 18 de octubre, generó gran esperanza en diferentes sectores sociales, agobiados y fatigados por más de 60 años de una violencia desmedida

y degradante. Sin embargo, fue completamente desalentador observar la cobertura informativa que hicieron en televisión, RCN y Caracol, ya que luego de transmitir en directo el discurso completo de Humberto de la Calle, jefe de la delegación negociadora del Gobierno, regresaron a su programación diaria y cortaron la intervención del vocero de las FARC, Iván Márquez, que apenas iniciaba. La expectativa por conocer la apuesta política de este grupo ilegal fue interrumpida por *Muy buenos días* y *Día a día, tu casa*. Evidentemente, se violó el derecho fundamental que tienen los

¹ Comunicador social. Profesor del Área de Lenguaje Escrito del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. lmlondono@gmail.com

ciudadanos a recibir información imparcial, tal como lo establece el artículo 20 de la Constitución Política colombiana; y más allá del marco jurídico, es desconcertante que una iniciativa de paz dispuesta esencialmente para confrontar las diferencias y buscar acuerdos, reciba de los medios silencio y ocultamiento.

Esta decisión de los canales que más cobertura tienen en el territorio nacional, abre una serie de interrogantes y discusiones sobre el papel que deben cumplir los medios de comunicación de masas durante las conversaciones y en una posible fase del posconflicto. Precisamente, el interés de esta reflexión apunta a proponer y a sugerir qué tipo de directrices deberían seguir en este complejo escenario comunicativo y político. No es más que un ejercicio académico, ya de por sí muy transitado y concurrido, para indagar sobre la relación que debe tener la comunicación mediática con la historia y con el poder.

En este sentido, son dos las grandes responsabilidades que deben enfrentarse: aportar a la construcción de la memoria histórica del conflicto y la formación de una opinión pública más educada, libre e independiente. Los medios de comunicación se deben convertir en intermediarios entre la verdad histórica y los ciudadanos vacíos de historia. Sobre estos dos retos girarán las siguientes observaciones.

Los medios: el gran archivo de los relatos del conflicto

“Sucede que los asesinos (...) nos enseñan a punta de plomo el país que no conocemos ni en los libros de texto ni en los catálogos de turismo. Porque, diga-

me usted, y perdone que sea tan crudo, si no fuera por esa masacre ¿cuántos bogotanos o pastusos sabrían siquiera que en el departamento de Bolívar, en la Costa Caribe de Colombia, hay un pueblo llamado El Salado?” (Salcedo, 2011, p. 301).

Así inicia Salcedo (2011) su crónica titulada *El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas*, acerca de la barbarie que cometieron los grupos paramilitares en este municipio en febrero del 2000. El mensaje es contundente: la guerra y la muerte han hecho visible un país que muchos no conocen, o ni siquiera saben que existe. Ahora que se abre una esperanza con el fin del conflicto, ¿por qué no entender a los medios de comunicación como esos libros y catálogos que no quisieron enseñar esa Colombia distante, olvidada y sometida a la tiranía de la guerra? ¿Por qué no convertirlos en un archivo y en una gran biblioteca con las historias de sus víctimas? Este es precisamente el primer reto que enfrentan los medios: rescatar y recopilar tantos testimonios y relatos dispersos que no han encontrado ese espacio para su expresión, y por lo tanto, para su legitimidad.

A nivel mundial, el final de algunas dictaduras y guerras civiles ha sido acompañado por la necesidad de recuperar la memoria y contar la verdad de lo sucedido. Ante este hipotético escenario, y de acuerdo al desafío antes mencionado, los medios de comunicación tienen, en primer lugar, la gran responsabilidad de acercar al ciudadano a tantas voces y narraciones, a tantas vivencias y testimonios que han quedado silenciados y ocultos por la dinámica de quienes han querido construir el registro oficial de los hechos. En *La memoria, la historia, el olvido*, Paul Ricoeur (2004) hace

una breve referencia a los aportes de Maurice Halbwachs a la sociología de la memoria: “El descubrimiento de lo que se llamará memoria histórica consiste en una verdadera aculturación en la exterioridad. Esta aculturación es la de la familiarización progresiva con lo no familiar, con la inquietante extrañeza del pasado histórico” (p. 509). Es la intención de abrir el círculo de los más próximos y los más allegados hacia un pasado, que aunque parezca remoto y frío, pone en comunicación las experiencias de generaciones distantes.

Esa familiarización y conexión con lo desconocido, ese acercamiento entre el país de las ciudades y de las regiones alejadas, y esa necesidad de generar diálogos entre lo local, lo nacional y lo territorial, generan a su vez férreos muros de resistencia contra la omisión y la amnesia.

“El carácter de enigma que oscurece los relatos del pasado lejano se acentúa al mismo tiempo que se subsanan las lagunas de nuestros propios recuerdos y que se disipa su oscuridad. En el horizonte aparece el deseo de una memoria integral que reagrupa memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica, deseo que hace pronunciar a Halbwachs esta exclamación digna de Bergson (y de Freud): - Nada se olvida -” (Ricoeur, 2004, p. 511).

Justamente, esta es la segunda función que deben asumir los medios. Son los convocados a ser lo que Ricoeur (2004) denomina “instituciones específicas dedicadas a la recopilación, a la conservación, a la clasificación de un conjunto de documentos para la consulta por parte de las personas habilitadas para ello” (p. 217). Por supuesto, con el firme propósito de que a partir de las lecciones repro-

badas y aprendidas, la brutalidad y el salvajismo no se vuelvan a repetir. Sin embargo, son pocos quienes tienen acceso a la comprensión del texto, eje sobre el cual ha girado la operación historiográfica. Como también es claro que muchas de las víctimas y de los actores de la violencia no tienen las herramientas educativas para expresar públicamente sus experiencias desde la escritura. Actualmente, las memorias y la historia del conflicto se manifiestan en escenarios como museos y rituales conmemorativos, y en las producciones artísticas, literarias y cinematográficas.

Por ejemplo, el Centro de Memoria Histórica (2012), establecimiento público del orden nacional adscrito a la Presidencia de la República, expresa en su página web que “la información recogida será puesta a disposición de los interesados, de los investigadores y de los ciudadanos en general, mediante actividades museísticas, pedagógicas y cuantas sean necesarias para proporcionar y enriquecer el conocimiento de la historia política y social de Colombia”. Pero esa información museística se queda reducida a un espacio físico, carece de movilidad y de contacto con la sociedad. Igual que sus recientes publicaciones, que nutren la ya prolífica producción literaria, que si bien da cuenta de las complejas significaciones del conflicto, no llega a todos por sus altos costos de adquisición y por los bajos niveles de lectura de muchos sectores de la población. Y el cine no alcanza a cubrir estos profundos vacíos. Como tampoco es prioridad asistir a una muestra artística sobre la guerra.

De ahí que sea urgente democratizar y hacer más alcanzable el camino que lleva al conocimiento de la historia y de las

memorias del conflicto, que es el mismo ejercicio de acercar al ciudadano con su nación y su territorio. Verón (2011) se refiere a esas posibilidades:

“Metodológicamente la memoria parte del reconocimiento de la singularidad presente en cada daño causado. De allí que esa singularidad pueda encontrarse no en las generalizaciones propias de un argumento con pretensiones universalistas sino en la almendra concreta y particular que habita en expresiones individuales como son el relato autobiográfico, la crónica periodística, la historia de vida” (p. 58).

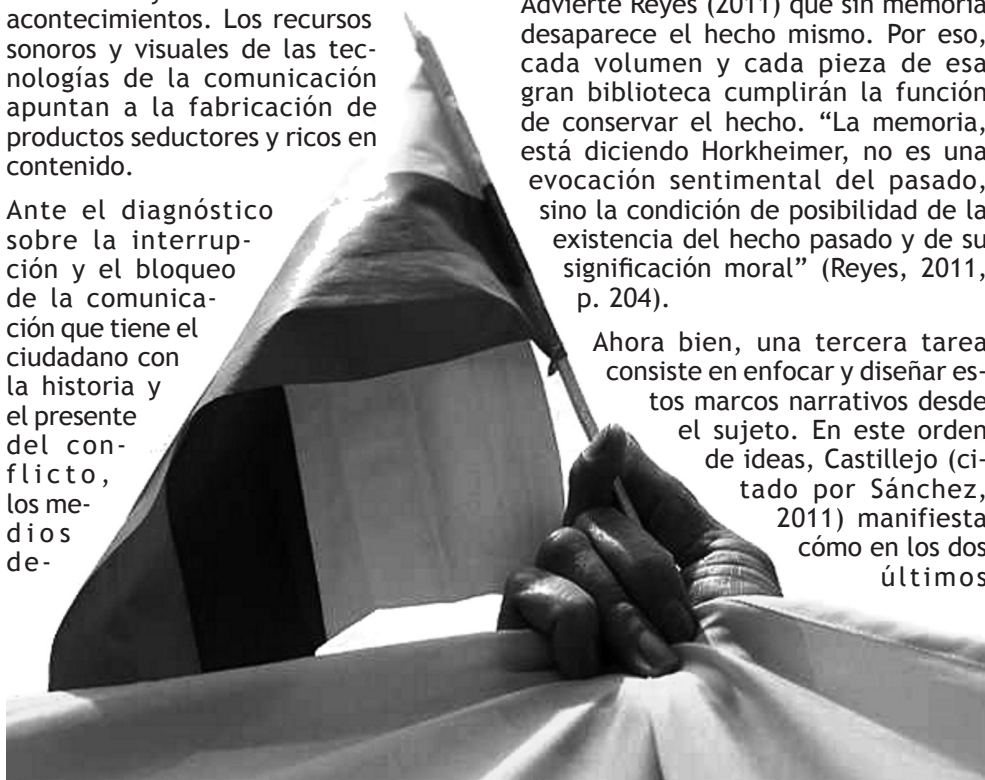
Son estos formatos, como también el del reportaje y el del periodismo investigativo, los que permiten una mirada innovadora y diferente de los acontecimientos. Los recursos sonoros y visuales de las tecnologías de la comunicación apuntan a la fabricación de productos seductores y ricos en contenido.

Ante el diagnóstico sobre la interrupción y el bloqueo de la comunicación que tiene el ciudadano con la historia y el presente del conflicto, los medios de-

ben asumir el rol de ser ese gran archivo, esa biblioteca de grandes colecciones y anaqueles, ese lugar que propicie el encuentro entre el colombiano y su país, con sus complejas relaciones y significados. Les corresponde ser el testimonio de un pasado que pocos conocen, el espacio de la memoria viva y móvil, ese museo itinerante que recorre cada región y cada territorio. La memoria y la historia necesitan pies que las sacudan de su detenimiento, que caminen hasta cada sector social y cada grupo, y que muestren lo que ha se ha construido en las últimas décadas. En esta labor, tal como lo expresa Rey (2001), son fundamentales las emisoras de radio comunitarias y los canales regionales y locales como actores comunicativos.

Advierte Reyes (2011) que sin memoria desaparece el hecho mismo. Por eso, cada volumen y cada pieza de esa gran biblioteca cumplirán la función de conservar el hecho. “La memoria, está diciendo Horkheimer, no es una evocación sentimental del pasado, sino la condición de posibilidad de la existencia del hecho pasado y de su significación moral” (Reyes, 2011, p. 204).

Ahora bien, una tercera tarea consiste en enfocar y diseñar estos marcos narrativos desde el sujeto. En este orden de ideas, Castillejo (citado por Sánchez, 2011) manifiesta cómo en los dos últimos



decenios se ha entrado en los tiempos de la voz, los relatos y la subjetividad:

“Podría pensarse incluso que el retorno del sujeto apunta a una democratización de la historia. Y es que, en efecto, la historia parece haber dejado de ser asunto de especialistas en esta era de ‘globalización del testimonio’, y ha sido apropiada por innumerables ‘portadores de historia’. El testigo ha irrumpido con vehemencia y quiere dejar el sello de su propio relato” (p. 71).

Así, el testimonio se convierte, como advierte Ricoeur (2004), en un factor de seguridad y de garantía en las relaciones constitutivas del vínculo social, además que refuerza la similitud en humanidad de los miembros de la comunidad. Claro está que los medios deben hacer un gran esfuerzo por desprenderse de las lógicas del poder y enfocar su mirada hacia las víctimas y a quienes han sufrido el dolor de la guerra; y eso incluye también a un amplio sector de los actores armados, no solo a la población civil.

Adicionalmente, un verdadero acto de conciencia sobre los motivos y los responsables de la violencia debe surgir desde los relatos de los vencidos, casi siempre separados de los canales en donde se comunican los hechos de la guerra. Este último término surge de la reflexión de Verón (2011), al proponer una construcción de la memoria desde la concepción de Walter Benjamin:

“(...) implica pensar un nuevo tipo de historiador: uno que cepilla la historia a contrapelo, en sentido inverso a un conocimiento que desprecia las particularidades que el tiempo deja a su paso. El método propuesto por este historiador que emerge de las ruinas de la modernidad, se conoce como una lectura de la historia desde el ámbito

de los vencidos, la cual equivale a una amplitud ética y moral que dimensione la posición de los sujetos olvidados en los procesos económicos, políticos y culturales de los pueblos” (p. 63).

En síntesis, este primer reto de los medios de comunicación debe apuntar a invertir lo que ocurrió con los habitantes de El Salado. Menciona Salcedo (2011) en la crónica que “los habitantes de estos sitios pobres y apartados solo son visibles cuando padecen una tragedia. Mueren, luego existen” (p. 301). Los medios deben rescatar todas las voces excluidas y legitimar su existencia a partir de su expresión y su relato. Luego morirán, pero habrán dejado su huella en el registro de la historia.

La formación de una opinión pública libre y crítica

La segunda gran responsabilidad de los medios de comunicación durante estas conversaciones es la de la formación de una opinión pública autónoma, libre y reflexiva. El mismo Centro de Memoria Histórica (2012) plantea en su página web como unos de sus objetivos “promover y articular espacios de debate, para fomentar una opinión pública que relacione y comprenda los mecanismos sociales, económicos, culturales y políticos que permitieron los hechos de violencia con el fin de evitar que estos se repitan”.

Este objetivo se enfrenta a las dificultades que genera hoy la relación entre la comunicación y la política, en donde a) los medios de comunicación se han convertido en la plaza y el terreno dominante y predilecto de la actividad

política, tras haber desplazado las formas tradicionales de transmitir el discurso y el mensaje; b) aparece, en este nuevo escenario, una crisis de la representación mediática de los asuntos públicos, ejemplificada en la gradual disolución de las propuestas y las ideologías y el cada vez más afianzado reinado de la imagen y la técnica; y c) un quiebre de la capacidad comunicativa de la política, producida por la forma fragmentada, reduccionista e instantánea como se informan los acontecimientos públicos, lo que a su vez ha producido que la sociedad tenga una percepción borrosa e imprecisa sobre esos hechos. Este horizonte no es muy alentador para dicho propósito, por lo que es indispensable recurrir a formas de comunicación diferentes.

Por una parte, es fundamental enriquecer la contextualización, la interpretación y el análisis de la realidad del conflicto armado, y abolir esa simplificación informativa que le impide al sujeto comprender la compleja telaraña de significaciones sociales e históricas que ha tejido la guerra. Esta reducción del contenido, consecuencia de la globalización, es lo que Barbero (2001) denomina el estallido de los relatos:

“... hoy nos encontramos en sociedades cuyo funcionamiento exige el desecho permanente y acelerado de todo, o de casi todos los objetos que produce. Desde la ropa hasta la información, pasando por el computador (...); todo está hecho para que no dure, todo se agota en un presente cada vez corto y autista” (p. 22).

Con cierta nostalgia Barbero (2001) recuerda aquel pasado en el que las narraciones eran el modo en el que los seres humanos intercambiaban experiencias. Ahora “la experiencia ya no es intercambiable, no puede ser puesta en

común, (...) se ha tornado fugaz e inenarrable” (p.23). Es el mismo sentimiento de Héctor Abad Faciolince, quien publicó el 21 de octubre, en *El Espectador*, una columna titulada *Escribir en los tiempos de Twitter*, en donde con mucha incertidumbre cierra diciendo: “Siento que todo es efímero, fugaz, sin importancia. Decían los antiguos que las palabras escritas eran importantes, porque permanecían: ya no, ya la escritura es tan fugaz y volátil como la voz”.

La cobertura de los diálogos de paz debe detener esa noción del tiempo y suspender su instantaneidad. El conocimiento que tiene el colombiano promedio del país en el que vive, de su historia política y de su conflicto, está en obra negra, precisamente por la forma fracturada y pasajera como se informa. Los medios tienen la obligación de pulir una opinión pública reflexiva a partir de formatos que den cuenta de una realidad que se fundamenta en su complejidad, que aún tiene zonas oscuras que necesitan ser alumbradas, una realidad que aún tiene muchos significados por revelar. Un posible final del conflicto justifica la emancipación de la dictadura del rating y la reconstrucción de relatos con fuertes matices pedagógicos y analíticos.

Por la otra, es saludable para la democracia que la opinión pública sea libre y que las opiniones sean libremente formadas. Sartori (2009) señala que cuando un pueblo soberano no construye opiniones propias, cuenta menos que el dos de copas: “Por tanto, todo el edificio de la democracia se apoya en la opinión pública y en una opinión que surja del seno de los públicos que la expresan. (...) opiniones que en alguna forma o medida el público se forma por sí solo” (p. 31).

Pero dicha autonomía sólo se puede fabricar en dos escenarios, en donde se

deben revisar los niveles de inclusión y exclusión: uno, en el que los medios de comunicación, apelando a uno de los muchos alcances de la democracia, estén dispuestos a reconocer a todos los sectores involucrados en la guerra, a brindarles iguales oportunidades de circulación y visibilidad de sus mensajes, a hacer públicos y legítimos sus intereses. La parcialidad con la que se hizo el cubrimiento en televisión de la apertura de las conversaciones en Oslo, es sinónimo de eliminación y silencio, conceptos que desarman y carcomen este proceso constructivo de opinión pública.

Rey (2001), a propósito, manifiesta que si bien antes la política era cuestión de diferenciación social, “hoy la comunicación se asemeja mucho más a la dispersión de la sociedad, a la existencia de diferentes ‘locus de expresión’, a los flujos de sentido que corren por las superficies y los subterráneos de la vida social” (p. 169). Precisamente, esos mares de sentido son los que hay que develar y refrendar en el extenso universo informativo que ofrecen las diferentes tecnologías de la comunicación. Los medios no pueden ser el terreno de la lucha y tensión entre diferentes memorias e historias, como tampoco el lugar en donde una única verdad se imponga. Por el contrario, su carácter democrático únicamente se puede validar en el sentido de propiciar un cruce y un encuentro de narraciones, dotadas de sentido y de legitimidad por el solo hecho de ser diferentes. La medida del cubrimiento informativo no puede acudir a la dinámica de la ausencia de una voz y la presencia de otra.

El otro es aquel en el que se replantee la creencia de que la opinión pública sólo se forma y expresa en los momen-

tos electorales. Sartori (2009) advierte que su autonomía resulta frágil e incompleta debido a que se reduce “al contexto de la democracia electoral, del demos que se limita a elegir sus representantes” (p. 33). La comunicación y la política se amarran y se corresponden en universos más variados e intrincados. La información sobre las negociaciones y el conflicto no puede caer en el vacío ideológico y de discursos característico del marketing político actual. Ahora que el gobierno y la subversión están destapando sus cartas, sí que es importante la construcción de la opinión en torno a una agenda más plural: la concepción del Estado, los modelos políticos y económicos, la repartición de la tierra y sus riquezas y las responsabilidades históricas, entre otros temas.

En resumen, la opinión no puede estar sometida a un poder ajeno que le impida el libre desarrollo de su naturaleza, no puede estar subordinada a los intereses mercantiles de las empresas mediáticas, no puede ser reducida por el peso abrumador de las estructuras políticas dominantes. La confrontación de ideas, la interacción discursiva y la visibilidad de la diferencia son la base que asegura la estabilidad y el sentido de la comunicación en una democracia.

Conclusión

¿Con qué criterio se debería definir el valor de la información? Con el del compromiso con la memoria, la historia y la verdad. La información más rentable será aquella que pueda armar el rompecabezas más exacto y completo del conflicto.

Referencias bibliográficas

- Abad Faciolince, H. (2012, 21 de octubre). Escribir en los tiempos de Twitter. *El Espectador*.
- Barbero, J.M. (2001). Cambios en el tejido cultural y massmediación de la política. En J. Bonilla & G. Patiño (Eds.), *Comunicación y política: viejos conflictos, nuevos desafíos* (pp. 19-28). Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Centro de Memoria Histórica. (2012). Presidencia de la República. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/>
- López de la Roche, F. (2001). Crisis de las representaciones política y mediática de los asuntos públicos en Colombia. En J. Bonilla & G. Patiño (Eds.), *Comunicación y política: viejos conflictos, nuevos desafíos* (pp. 49-67). Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Rey, G. (2001). Espacios abiertos y diversidad temporal. Las relaciones entre comunicación y política. En J. Bonilla & G. Patiño (Eds.), *Comunicación y política: viejos conflictos, nuevos desafíos* (pp. 165-184). Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Reyes, M. (2011). *Tratado de la injusticia*. Barcelona, España: Anthropos.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Salcedo, A. (2011). *La eterna parranda*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Sánchez, G. (2011). La (des)memoria de los victimarios. Silencios y voces de víctimas y victimarios. *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*. Enero-marzo (230), 71-79.
- Sartori, G. (2009). *La democracia en 30 lecciones*. Bogotá, Colombia: Taurus.
- Verón, A. (2011). Memoria, violencia y progreso: rostros ocultos de un país. *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*. Enero-marzo (230), 57-70.

